

*Homenaje de sincero aprecio al dis-
tinguido hombre de ciencia Dr. Antonio
Santiana*

CARLOS MANUEL LARREA

INTRODUCCION AL ESTUDIO DE LA ARQUEOLOGIA ECUATORIANA

Separata del Boletín de Informaciones Científicas Nacionales
Nº 82.—Junio - Septiembre de 1957



EDITORIAL CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA
QUITO - 1957



***Esta obra está sujeta a licencia Creative Commons:
Reconocimiento-NoComercial-SinObrasDerivadas, 3.0 Ecuador
(<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/ec/>). Se permite la reproducción total o parcial y la
comunicación pública de la obra, siempre que no sea con finalidades comerciales y siempre que se
reconozca la autoría de la obra original. No se permite la creación de obras derivadas.***

INTRODUCCION AL ESTUDIO DE LA ARQUEOLOGIA ECUATORIANA

Carlos Manuel Larrea

Al contemplar el universo que nos rodea, no podemos sustraernos a un sentimiento de admiración profunda: Vemos la infinita variedad de los seres que lo componen; ya alcemos los ojos al cielo para abismarnos en el cálculo del número inmenso de soles, que con su séquito de planetas y satélites ruedan por el espacio; ya fijemos nuestras miradas en la tierra y consideremos su estructura y forma; el aspecto y condiciones de los Continentes y de los mares; ya investiguemos, en particular, la composición, las cualidades, las propiedades de las rocas, de las plantas, de los organismos sensitivos; en todas partes hallamos un orden, un maravilloso concierto, leyes que rigen así el camino de los astros por los espacios inconmensurables, como las afinidades químicas, la formación regular de los cristales o el misterioso desarrollo de las células orgánicas en los más diminutos de los seres.

La inteligencia humana, aquel reflejo de Dios de que está dotada el alma del hombre, ha ido en busca de esas leyes, ha escudriñado los secretos de los mundos inmensamente grandes y ha llegado a medir las órbitas que describen en su acelerada carrera,

a calcular las dimensiones y aún el peso y composición de los planetas. Y la inteligencia humana ha sorprendido la vida de los seres microscópicos, y ha separado las sustancias y ha analizado los componentes de los cuerpos, y no sólo ha penetrado en los misterios que rigen el funcionamiento de los órganos en las plantas y en los animales, sino que ha llegado a estudiar la constitución del átomo, ha logrado desintegrarlo para usar de la inmensa energía que él encierra.

No contento con abarcar vastos conocimientos sobre las cosas corpóreas, ha lanzado en pos de las leyes que rigen la vida del espíritu, ha tratado de penetrar en el arcano de la conciencia, en el complejo proceso del conocimiento, de la formación de las ideas y de los juicios, en una palabra de vislumbrar los oscuros problemas psíquicos. Porque si es admirable el *macrocosmos*, el universo exterior, más admirable aún es el llamado por algunos filósofos, *microcosmos* o mundo interior que cada uno de nosotros encierra. Ningún objeto existe en la Naturaleza más digno de que la inteligencia humana se aplique al estudio, como el hombre mismo.

Y si como individuo el hombre es objeto formal de muchas y muy importantes ciencias como la Anatomía, la Fisiología, la Medicina, la Psicología, etc., la especie humana ofrece campo a un grupo numeroso de ciencias que se conocen generalmente con el nombre de antropológicas y en las que están comprendidas la Antropología propiamente dicha, con sus auxiliares Antropometría, Craneología, etc.; la Sociología, las Ciencias políticas y morales y la Historia, exposición fiel y ordenada de los hechos verdaderos y memorables que han influido en los destinos de la humanidad, sus causas y consecuencias.

Cada una de las ciencias que hemos mencionado, ha requerido para desarrollarse del auxilio de muchas disciplinas en que se divide y clasifica el saber humano. Para concretarnos a la Historia, muchísimas son las que se llaman sus ciencias auxiliares: Basta citar la Crítica, la Cronología, la Arqueología y todas las ciencias

derivadas, la Cronología, la Epigrafía, la Heráldica, la Paleografía y la Diplomática.

Podemos comparar a las ciencias en su formación y desarrollo con los ríos caudalosos que bajan de nuestras montañas: son en su origen gotitas de agua que brotan de una roca o salen de las entrañas de la tierra; tales los primeros conocimientos, las primeras observaciones de la Naturaleza y sus fenómenos. Aquellas gotas, conforme avanzan en su curso, van engrosando su caudal hasta que uniéndose con otros y otros riachuelos, llegan a formar las majestuosas corrientes de agua que alimentan al Océano. Así las ciencias, rudimentarias en sus principios, han ido cada día ensanchando y enriqueciendo su caudal, hasta convertirse en el mar de los conocimientos humanos.

También podemos comparar a las ciencias con los retoños y ramas de un árbol, que a medida que van desarrollándose, adquieren más robustez, se hacen más corpulentos y, a su vez, se ramifican y extienden hasta formar una frondosa copa: Así del tronco añejo de la Historia fueron naciendo las que hoy llamamos ciencias auxiliares, pequeñas ramas en un principio, y hoy ciencias vastísimas, para profundizar en una sola de las cuales, sería menester toda la vida de un hombre.

Vamos a concretarnos al estudio de una de las más importantes ciencias auxiliares de la Historia: la Arqueología. Pero no pretendemos abarcar la vasta extensión del globo, ni siquiera de todo el Continente americano. Sobre los Estados Unidos y sobre México y la América Central se ha escrito mucho. El campo de nuestros estudios va a ser aún más restringido; mas no por eso menos interesante. Estudiaremos las civilizaciones y culturas que se desarrollaron en la América del Sur, en tiempos prehistóricos, a fin de prepararnos para un estudio más profundo, más completo de la Historia de esta parte del Continente.

Por muy largo tiempo los estudios históricos se han concretado a seguir los pasos de pueblos con una civilización muy avanzada. Gran parte de la literatura histórica se ocupa de las guerras

y conquistas de poderosos imperios; del desarrollo y expansión de estados y naciones organizados políticamente de un modo análogo, si no igual, a nuestras modernas repúblicas o monarquías.

La Historia clásica nos presenta a los pueblos en pleno progreso, y sus páginas se llenan con las hazañas de sus héroes, el relato de sus batallas y la descripción de sus instituciones.

Pero ¿cómo se formó ese pueblo? ¿De dónde vino? ¿Qué vicisitudes sufrió hasta llegar a aquel grado de fuerza y de progreso que le permitió formar un estado, combatir a sus vecinos, sojuzgarlos, extender su comercio a lejanas tierras?

En Universidades y Colegios se estudia mucho sobre los Asirios, los Egipcios, los Fenicios, los Hebreos; pero relativamente poco sobre los pueblos que habitaron nuestro Continente, esta América nuestra que nos interesa conocer especialmente y cuya historia no podremos comprender a fondo, si no conocemos de manera amplia las raíces y fundamentos étnicos de sus diversos pueblos, si no penetramos en las primitivas culturas que aquí se desarrollaron, en una palabra si no estudiamos la Prehistoria antes de lanzarnos a estudiar la Historia de cada una de estas Repúblicas.

Dos elementos primordiales entran en la gestación de los hechos históricos: La Tierra y el Hombre. Para comprender perfectamente la historia, para encontrar la explicación de muchos sucesos y, sobre todo, para hallar las causas determinantes del papel que a cada pueblo le ha tocado desempeñar en la historia universal, es menester el estudio de esos dos factores. La Geografía y la Etnografía de América debemos conocer en todos sus aspectos, si pretendemos adquirir un conocimiento profundo de su historia.

Vamos a estudiar los diversos problemas relacionados con el hombre americano; y especialmente acerca de los primitivos habitantes de la América del Sur y de las principales civilizaciones que florecieron en esta parte del Continente, como paso previo a las investigaciones sobre la Arqueología ecuatoriana.

“Cuando comienza la historia, tal como la conocemos, —dice Nadaillac, al tratar de los primeros pobladores de Europa—, estaban ya constituidos los principales grupos étnicos y ocupaban, desde tiempos muy remotos, las mismas regiones en que aún los vemos”. Esto que se refiere a los habitantes del Viejo Mundo, también puede afirmarse de los aborígenes del Nuevo Mundo. La sola diferencia está en la época en que comienza la historia para el hemisferio oriental y para el occidental. Efectivamente, sólo en el siglo V antes de nuestra era, comienza la historia fundada sobre datos serios y más o menos precisos, para Grecia. Más allá del siglo III antes de J.C. no hay historia propiamente dicha de Italia; la de la Galia, comienza dos siglos más tarde. En Oriente, los documentos escritos nos llevan mucho más lejos, pues en monumentos egipcios hay inscripciones que alcanzan a 6.000 años antes de la Era cristiana. Los reyes de este antiguo imperio y los de Ur, en Caldea, eran, sin embargo, más modernos que varias dinastías asirio-caldaicas mencionadas en las tabletas o ladrillos de la biblioteca de Azurbanipal. Por los documentos literarios podemos remontarnos también muchísimo: Max Müller, que distinga cuatro épocas diferentes en la composición de los libros sagrados de la India llamados Vedas, pone la más antigua composición entre el siglo duodécimo y el X antes de nuestra Era. “Los monumentos escritos de la literatura china son dos mil años más antiguos que los poemas de Homero”.

En la América del Sur, la historia propiamente no comienza sino en los albores del siglo XVI, después de Jesucristo, es decir con la llegada de Colón a las costas del Darién. Todo lo anterior a estas diversas épocas en que comienza la historia para los diferentes pueblos de la tierra, pertenece a la Prehistoria, es decir a la ciencia que trata de las edades anteriores a todo documento escrito, la misma que Mortillet designaba con el nombre de *Paleoetnologia*.

Como los pueblos de la América del Sur no conocieron la escritura, propiamente dicha, ni siquiera supieron expresar sus ideas

por el sistema jeroglífico de los Mayas, todos los sucesos anteriores a la llegada de los primeros conquistadores europeos, pertenecen a la Prehistoria. Naturalmente las conclusiones de la Prehistoria no pueden ser iguales a las de la Historia. Si ésta, al disponer de variados y numerosos documentos puede llegar al relato de los sucesos con grande aproximación de la verdad, la Prehistoria apenas puede llegar a conclusiones generales respecto al orden de los más notables acontecimientos y esto cuando existe una tradición respecto de los mismos. De las épocas prehistóricas sólo podemos adquirir datos acerca de la cultura de un pueblo, deducciones concernientes a sus creencias religiosas, a sus usos y costumbres y podemos rastrear su organización y sus instituciones.

Antes de que aparezcan los primeros monumentos grabados o escritos y en los pueblos que no alcanzaron ese grado de civilización, los hombres han dejado rastro de su existencia, en los vestigios de su industria, diseminados alrededor de sus hogares, enterrados en sus sepulturas o esparcidos por la superficie del suelo que ocuparon. La Arqueología prehistórica reúne, clasifica y estudia estos restos, para deducir de ellos algo sobre la vida de esos pueblos sin historia.

El método de investigación, es análogo al empleado por la Geología y la Paleontología para estudiar la formación y transformaciones del Globo, la sucesión y evolución de los seres orgánicos. El método estratigráfico empleado por la Geología para determinar el orden de las diversas formaciones de que se compone la corteza terrestre, sirve así mismo al arqueólogo para establecer la antigüedad relativa de los depósitos de restos humanos o de muestras de la primitiva industria. Como en Geología, es preciso tener siempre en cuenta todos los fenómenos que han podido alterar el orden estratigráfico de los yacimientos.

Los fósiles de que se sirve la Paleontología para establecer la sucesión cronológica de los seres organizados, sirve también al arqueólogo, en determinados casos, para calcular la edad relativa de sus hallazgos.

Empléase, además, para la clasificación de los objetos arqueológicos y para su interpretación como exponentes de una cultura, el método llamado *tipológico*, que permite a veces suplir la falta de datos estratigráficos en el establecimiento del orden de sucesión de las diversas formas de una misma categoría de objetos; porque, como dice Déchelette: "Los progresos de la civilización transforman incesantemente las producciones de la actividad humana, pero, en el dominio industrial como en el mundo de los seres organizados, los tipos más recientes reproducen ciertos caracteres de sus ascendientes directos. La filiación puede, por tanto, establecerse por semejanzas. La transformación de los productos de la industria, normalmente se verifica en el sentido de un perfeccionamiento constante. Pero esta regla general tiene sus excepciones. La evolución progresiva de la civilización cuenta épocas de parálisis y retroceso". De aquí que los datos obtenidos por el método tipológico, sean menos seguros que los suministrados por los métodos estratigráficos, para establecer la cronología; pero tienen, en cambio, aplicaciones mucho más importantes que éstos, para el estudio de las relaciones de los pueblos, de la influencia de unos en otros, debida al comercio, etc.

Para esclarecer los secretos de la vida de los pueblos con anterioridad a su historia, la ciencia no sólo se vale de la Arqueología prehistórica, no sólo analiza y estudia los vestigios de la industria y del arte que nos ha dejado el hombre en los sitios por él ocupados durante más o menos tiempo; estudia, también, siguiendo las reglas de la Antropología, los mismos restos humanos, es decir los huesos del cráneo y del esqueleto hallados en las antiguas sepulturas, a fin de conjeturar la familia racial a que perteneció aquel pueblo y rastrear sus orígenes.

La moderna aplicación del método conocido con el nombre de *carbono 14*, o sea la medida de la radioactividad específica remanente en las sustancias orgánicas, permite un cálculo de su antigüedad.

La Toponimia suministra igualmente preciosos datos para el

estudio de la lengua que habló el pueblo desaparecido o el que fue el substrato de un pueblo actual, en épocas prehistóricas. Y la Lingüística nos enseña el parentesco, los vínculos y conexiones de los pueblos entre sí, y puede enseñarnos la extensión del territorio por ellos ocupado y darnos indicios del camino recorrido en sus movimientos migratorios.

Cuando existen todavía restos del pueblo aborigen, más o menos mezclado con otros, el estudio de la Prehistoria exige un análisis de los diversos componentes del pueblo actual, de las diversas razas que se han ido conglomerando. Luego vendrá el estudio etnográfico que proporcionará datos muy valiosos acerca de creencias, usos, costumbres, organización, etc., en tiempos prehistóricos. Naturalmente, una severa crítica deberá aplicarse en cada caso para no confundir los caracteres comunes a todos los pueblos, en ciertas etapas de civilización, con parentescos o relaciones. Así las primeras armas de sílex estallado, los primeros utensilios de piedra tienen similitud muy notable, a veces identidad, aunque provengan de Europa, de América o de Oceanía. Esto nos lleva al concepto de *humanidad*, como un todo, en el que se podrán establecer cuantas gradaciones se quiera, pero que tienen un mismo punto de partida; pero no nos autorizará para establecer, sin otros argumentos, el origen inmediato o las relaciones directas de un pueblo con respecto a otro.

Muy expuesto a llegar a conclusiones erradas estaría quien pretendiera esclarecer las sombras que cubren los tiempos prehistóricos, valiéndose sólo de la Arqueología, o únicamente de la Lingüística o de la Antropología o de la Etnografía. Todas estas ciencias deben concurrir en la investigación del pasado de un pueblo que no dejó memorias grabadas en monumentos o escritas en códices.

Si la aplicación de todas estas ciencias auxiliares de la Historia, puede suplir, siquiera en parte, la falta del documento escrito o grabado, los resultados que cada una de dichas ciencias nos proporcionará, serán diferentes y darán luz sobre aspectos par-

ciales de los múltiples problemas que trata de solucionar la Prehistoria.

La Arqueología, propiamente dicha, estudia los monumentos antiguos, restos de la arquitectura, escultura y pintura, dejados por los hombres prehistóricos, y sus utensilios, es decir armas, vasijas y otros objetos de uso doméstico, instrumentos de labranza, muebles, etc. La Arqueología, analiza especialmente las manifestaciones del arte, la ornamentación empleada en las viviendas, en los adoratorios o templos, en la indumentaria cuyos restos hayan podido llegar hasta nosotros, en la cerámica y en los artefactos de cualquier género.

Los principios de la evolución del arte, de su relación con el grado de cultura tienen que ser aplicados en el estudio de los objetos arqueológicos, para fundamentar las hipótesis respecto de la civilización y progreso de los pueblos en épocas prehistóricas. La comparación de formas típicas, de ornamentaciones especiales, de procedimientos en la manufactura de los objetos antiguos, permite establecer relaciones con otros pueblos y rastrear los movimientos migratorios y las influencias recíprocas.

Más todavía podemos avanzar por medio del concienzudo estudio arqueológico: Podemos vislumbrar algunas, por lo menos, de las ideas religiosas de un pueblo, de sus costumbres, de sus prácticas supersticiosas, de la manera de vida y de la forma de enterramiento de los muertos. Como se ve, muchos y muy preciosos datos puede proporcionar la Arqueología prehistórica, para reconstruir el pasado.

Los datos que nos proporciona la Antropología propiamente dicha, son también preciosos. Aunque se conozcan con el nombre genérico de ciencias antropológicas, todas aquellas que tienen por objeto el estudio del Hombre, se designa particularmente con el nombre de Antropología la ciencia que se aplica a la investigación del origen del hombre, a la clasificación de la especie humana y su división en razas o variedades distintas, las modificaciones sufridas a causa del clima, la alimentación, las costumbres, etc.

La Antropología prehistórica estudia de manera particular los restos humanos, para deducir los caracteres que presentaba el hombre en las épocas primitivas o muy remotas. Los esqueletos hallados en cavernas o en el subsuelo son el material de que se vale esta ciencia para investigar la talla, la robustez y conjeturar el género de vida de hombres desaparecidos. La forma del cráneo, las proporciones en los huesos largos del esqueleto, etc. permitirá establecer los caracteres físicos de un grupo y, por comparaciones, barruntar los movimientos migratorios y el parentesco de unos pueblos con otros.

La Lingüística y la Filología, igualmente, son ciencias importantísimas que ayudan a resolver los problemas del origen y de la expansión de una cultura. En los nombres geográficos de montañas, ríos, valles, podemos encontrar las señales de los diversos pueblos que habitaron un mismo territorio y de la extensión de ciertas áreas culturales. Los estudios lingüísticos deben hacerse con sumo cuidado, para no dejarse deslumbrar por aparentes semejanzas de palabras; deben hacerse con crítica severa para no dar más importancia que la que realmente tienen las coincidencias de nombres y significados; debe estudiarse con mayor empeño la estructura misma de la lengua, cuando esto es posible, porque las conclusiones filológicas tienen más valor para el estudio comparativo de las lenguas.

Finalmente, cuando en una región aún existen grupos humanos pertenecientes a la raza aborígen, es preciso estudiarlos valiéndonos de los métodos de la Etnografía, la Etnología y la Sociología comparada. Tal estudio puede revelarnos viejas creencias y supersticiones tradicionales, antiguas costumbres que prevalecen a pesar de los cambios históricos verificados. En el Ecuador, el Perú, Bolivia y varias otras Repúblicas de la América Meridional, los estudios etnográficos pueden auxiliar grandemente al investigador de la Prehistoria de esos pueblos.

Hemos visto, pues, lo vasto de la materia que abarcan los estudios de Prehistoria; no obstante haberla reducido a la investi-

gación de la Prehistoria de los pueblos Sudamericanos. Hemos visto de cuántas ciencias habrá que echar mano para ayudarnos a resolver los muchos problemas relativos al primitivo habitante de esta parte del Continente y a las diversas culturas que en él florecieron. El estudio no puede ser más atractivo y más interesante sobre todo para un americano. Si en Europa los estudios americanistas han ido adquiriendo cada día mayor importancia y a ellos se han dedicado muchos sabios del Viejo Mundo, en América, con mayor razón, deben atraer las mejores inteligencias, pues, sin el conocimiento básico de la Prehistoria, no es posible profundizar en la Historia y la Sociología; y sin saber lo que estas ciencias nos enseñan, no puede marchar con paso seguro ni el estadista, ni el educador, ni el político.

ANTIGUEDAD DEL HOMBRE EN SUD AMERICA

1.—Cuando llegaron los primeros conquistadores europeos al Continente Americano, encontraron que éste se hallaba habitado por el hombre desde una época incierta. Erik le Rouge, que hizo su primer viaje de exploración a la Groenlandia en 986, encontró trazas de habitaciones humanas, fragmentos de primitivas embarcaciones y algunos instrumentos de piedra. Ciertamente su hijo Leif Eriksson que accidentalmente descubrió la costa septentrional americana hacia el año 999 o 1000 de nuestra Era, halló esa región desierta; pero la expedición de los escandinavos del año 1003 hacia la región de Vinlandia, encontró numerosas tribus de Skrae-lings, probablemente del grupo étnico de los Esquimales.

Cristóbal Colón, cuatro siglos más tarde, en 1492, descubrió las Antillas y en su cuarto viaje tocó en las costas septentrionales de la América del Sur. Tanto Colón como la pléyade ilustre de descubridores y conquistadores del Continente Americano encontraron poblado este Nuevo Mundo, que sólo al finalizar el siglo XV se dió a conocer a las naciones civilizadas de Europa.

¿Quiénes eran los habitantes del Nuevo Mundo? ¿De dónde provenían? ¿En qué época apareció por primera vez el hombre en el Continente Americano?

Estos son los primeros problemas que se presentan al investigador de la Prehistoria de nuestro Continente. Vamos, de un modo rápido a exponer los descubrimientos de los más antiguos restos humanos en América, para concretarnos luego al estudio de la antigüedad del hombre en la América del Sur.

2.—En Europa, desde 1837, se tenía como un hecho averiguado la existencia del hombre desde la época cuaternaria; pero es a Boucher de Perthes que corresponde la gloria de haber demostrado que las hachas de sílex groseramente talladas en forma de almendra eran instrumentos primitivos labrados por la mano del hombre. Este sabio francés no se había reducido, como otros antropologistas, al estudio de las cavernas, sino que, de un modo particular, había explorado los aluviones antiguos del Somme, que contienen restos de grandes mamíferos, rinocerontes, hipopótamos y mamouts. Los arqueólogos, que al principio rechazaron como muy aventurada la tesis de Boucher de Perthes sobre la existencia del hombre cuaternario, probada ésta con nuevos descubrimientos, quisieron ir más allá; y hubo algunos que pretendieron que el hombre primitivo databa de la época terciaria. En 1867, el abate Bourgeois, planteaba este problema, pretendiendo haber encontrado trazas o vestigios de tallado intencional en sílex recogidos en Thenaey. Después se han presentado, piedras estriadas, huesos de animales con rayaduras; pero no consta que éstas no hayan podido provenir de acciones geológicas o de los dientes de animales carnívoros. También en América se ha pretendido encontrar pruebas de la existencia del hombre terciario. Este es un punto de suma importancia y ya lo analizaremos con un poco de detención.

“Parecería, a primera vista. —dice Beuchat— que la Prehistoria de la América del Sur no debería presentar dificultades tan grandes como la de la América del Norte. En efecto, la parte me-

ridional del Nuevo Mundo ha proporcionado una cantidad de huesos humanos antiguos. Además todos los restos de esqueletos y las trazas de la industria humana se encuentran asociados con restos de animales extinguidos, que, parece, permitirían atribuir a los restos humanos una fecha precisa.

Si el problema del hombre terciario en el Viejo Mundo puede considerarse como no resuelto enteramente todavía, menos se puede afirmar que se halla esclarecido en Norte América, en donde los estudios geológicos y arqueológicos se hallan relativamente tan avanzados.

Haremos referencia al famoso cráneo de Calaveras. Fue su descubrimiento uno de los que tuvo más repercusión en los medios científicos. También ha sido uno de los más discutidos. Se verificó este descubrimiento en 1866, en el Condado de Calaveras en California. En el fondo de un pozo de mina, a unos 40 metros de profundidad desde la superficie fue encontrado un cráneo, que primeramente se dijo había sido puesto allí para burlarse de los científicos. Después se probó que el estado de fosilización de los huesos garantizaba su autenticidad. Pero surgió entonces el problema de la edad de la capa geológica en que fue hallado el cráneo de Calaveras. Mr. Holmes, después de prolijo estudio, creyó poder afirmar que el cráneo provenía de capas superiores, probablemente de un antiguo emplazamiento de una aldea indígena y que fue arrastrado al fondo del pozo por las máquinas o maniobras realizadas en su excavación. Diversos Geólogos y Paleontólogos que estudiaron el asunto emitieron diferentes teorías, ya sobre la edad de las capas auríferas de la mina, ya sobre la influencia de fenómenos geológicos en la remoción de las mismas. La conclusión a que legó el Geólogo Mr. Sinclair ha sido admitida como la más segura: "El hombre no pertenece a la época terciaria en California y todos los objetos encontrados en los terrenos auríferos, han sido enterrados allí a consecuencia de resbalamientos".

En 1902, al abrir un túnel en un terreno situado en la base

de uno de los acantilados que bordean el Missouri, se halló el esqueleto de un adulto y junto a él una mandíbula o mejor dicho un fragmento de mandíbula de niño. La controversia entre los geólogos sobre si aquellos terrenos pertenecían al Terciario o nó, fue muy grande. Mr. Hrdlicka demostró que el cráneo tenía perfecta semejanza con los de los indios actuales de la región, Kansas o Ponkas.

En 1907, en Nebraska, un periodista de Omaha, Mr. Gilder, arqueólogo aficionado, encontró varios cráneos de pequeña capacidad y de frente muy deprimida, en los flancos de una colina, cuyos terrenos parecen de formación muy antigua. Mr. Hrdlicka halló que en las colecciones de la Smithsonian había cráneos modernos con iguales caracteres, pero no se ha pronunciado claramente por su modernidad.

También en México se han hecho descubrimientos de esqueletos antiguos; pero los terrenos en los que se han hallado, no han sido de aquellos que indudablemente pueden clasificarse como terciarios o cuaternarios. El problema no se ha resuelto. Todo parece probar que aún los más antiguos restos no pueden atribuirse sino a lo más al período pleistoceno de la época cuaternaria.

Lo dicho respecto de esqueletos humanos, puede afirmarse también respecto de los encuentros, bastante numerosos, de sílex estallados, algunos de indudable factura humana, pero cuya antigüedad no se puede calcular, por la incertidumbre de la que corresponde a las capas geológicas en las que fueron encontrados dichos instrumentos.

La realidad es muy diversa: La Geografía física y la estratigrafía de la América del Sur están todavía por hacerse. Una gran parte de la superficie del Continente, cubierta de bosques o de desiertos, es muy poco conocida. Estudios geológicos importantes sólo se han realizado en zonas restringidas y particularmente en la parte más meridional, que pertenece a las repúblicas Argentina y de Chile y en los altiplanos del Ecuador, Perú y Bolivia. En los últimos años, las exploraciones petroleras han extendido un tanto

las regiones cuya formación geológica se conoce. Pero sucede que en América no puede aplicarse en su totalidad la clasificación de terrenos que la ciencia ha establecido para Europa.

“El suelo de la República Argentina, y especialmente la Pampa, encierra piezas paleontológicas del mayor interés; nos revela una fauna particular. Se encuentran también allí restos humanos y algunos objetos que atestiguan que el hombre trabajaba la piedra en esas regiones en la época en que vivían gigantes edentados de la familia del megaterium. Desgraciadamente las capas geológicas en las que animales y hombres han dejado traza de su existencia, son difíciles de datar; las controversias sobre su edad aún continúan”. Hay quienes opinan que ellas parecen recientes. Es decir recientes geológicamente hablando, lo cual puede significar muchos centenares de siglos.

En el Ecuador y en el Brasil se han encontrado también restos humanos muy antiguos, pero todo induce a creer que no son tanto como los fósiles hallados en Europa y en Asia.

Algunos geólogos sostienen que no está comprobado que haya habido períodos glaciales en la América del Sur. Yo creo que sí. Fuera de que estos fenómenos ocurrieron cuando ya este Continente existía y que tuvieron un carácter general que más o menos afectaba a toda la tierra, Agassiz ha reconocido depósitos diluviales desde la Tierra del Fuego hasta una latitud de 37° S. Parecen prueba de que hubo una época glacial en esta parte de América Meridional, los fjords que se introducen hasta 150 kilómetros hacia el interior de la costa chilena. Yo he creído encontrar claros vestigios de glaciares en la región de los lagos argentinos de Nahuel Huapí, Correntoso, etc. Bloques erráticos hallados al Este y a gran distancia de la Cordillera de los Andes, compuestos de minerales propios de estas montañas, han sido casi seguramente transportados por los glaciares. En el Oeste, de este lado de los Andes, es absolutamente seguro que existieron glaciares y aún se los encuentra ahora en varias de las más elevadas

montañas del Ecuador. Pero no ha podido establecerse qué extensión de esta parte del mundo abarcó el período glacial.

Respecto de la formación pampeana diremos que se ha discutido mucho acerca de su origen: D'Orbigny, que fue el primero que estudió seriamente estos sedimentos, pensó que habían sido depositados por el mar. Esta opinión fue seguida por Darwin, quien se apoyó en los estudios malacológicos de Carpenter, para afirmar el origen marino de las concreciones calcáreas. Bravard, por el contrario, sostuvo que las capas pampeanas eran de la misma naturaleza que el loess y provenían de depósitos eólicos arrancados a las faldas dislocadas de colinas hoy desaparecidas. Estas hipótesis han sido sustituidas después por otras preconizadas por Burmeister y por Ameghino que cree que los depósitos pampeanos son aluviones de agua dulce.

Se han establecido varias capas, correspondientes a diversas épocas, en los aluviones argentinos. También sobre su clasificación se ha discutido mucho y se han lanzado diferentes teorías. Creemos nosotros que pueden distinguirse tres principales: Una capa inferior, una media y otra superior. Estas se caracterizan por fósiles diferentes.

Estos antecedentes geológicos y paleontológicos eran indispensables para entrar seriamente en el estudio de la antigüedad del hombre en la América del Sur. Vamos a ver, luego, algunos de los descubrimientos realizados en este Continente y sobre los cuales se han fundado diversas teorías respecto de la antigüedad de sus primeros habitantes y de su origen.

Al hacer excavaciones en los terrenos miocenos de Monte Hermoso, el Sr. Ameghino creyó descubrir vestigios de la industria humana. En 1906 afirmó la existencia del hombre en aquellos terrenos, basándose en una vértebra cervical, encontrada antes de 1897, en condiciones mal definidas. Después se dijo que se había encontrado en los mismos terrenos, un fémur de pequeña talla. Con estos dos elementos lanzó Ameghino la teoría de haber hallado un animal de género intermedio entre los antropoides

y el género *homo*, al que llamó *Tetraprotomo*. Hay que observar que el fémur indicaría un animal de talla mucho más pequeña que el hombre, y la vértebra un individuo de tamaño más grande. (V. la crítica de esta teoría en Beuchat, P. 238-239).

En otros niveles pampeanos se han encontrado numerosos restos del hombre; huesos y trazas de su industria. Los huesos, encontrados por el viajero francés Séguin, son algunos dientes, indudablemente humanos; pero no se ha precisado en qué capa del *Loes* pampeano se encontraron. Lo mismo sucede con varios otros huesos y algunos cráneos hallados por diversas partes de la Pampa. El descubrimiento de un esqueleto, hecho en Baradero, es de los más importantes. Por desgracia, el estado de descomposición de los huesos del cráneo no ha permitido un estudio sobre la raza a la que pudo pertenecer ese individuo.

Todos estos restos se encuentran asociados con animales de la fauna pampeana superior o media, llamada por algunos inferior; pero las condiciones en que han sido descubiertos, no permiten asignarles exactamente a cuál de las capas pertenecen.

También se han hallado en diversos lugares de la República Argentina restos de la industria humana, como huesos rotos o carbonizados o sobre los cuales se ha creído descubrir incisiones. Estos huesos, en gran parte, pertenecen a especies extinguidas. Pero es muy dudoso que las roturas e incisiones sean obra del hombre. En cuanto a las señales de carbonización, pueden haber sido causadas por hogares puestos sobre el suelo en una época muy posterior. Se ha creído encontrar una prueba de la presencia del hombre y de que conocía el uso del fuego en la existencia, entre los terrenos pampeanos, de lugares en donde el *loess* o limo sin estratificación se ha endurecido y presenta el aspecto de la terracota. En 1900, mi amigo el Sr. Lehmann-Nitsche, presentó al Congreso Internacional de Antropología, fragmentos de esta terracota encontrados en Arroyo Ramallo. Los fragmentos eran del tamaño de un grano de café, de color rojo claro. La opinión de la mayor parte de los hombres de ciencia que concurrieron a dicho Congre-

so, fue que se trataba de formación natural, oxidaciones debidas a descomposición química.

Por lo que respecta a los sílex estallados que se han encontrado en diversos lugares de la Patagonia, unos parecen naturales, es decir que su forma se debe a la acción de los agentes naturales y algunos de los que no puede dudarse hayan sido trabajados por el hombre, se han hallado superficialmente y con mucha probabilidad son obra de los indios modernos.

Estudio especial merecen los restos humanos encontrados en el Brasil. En 1843, el naturalista danés Lund descubrió en una caverna de Minas Geraes, cerca de Lagoa-Santa huesos humanos al mismo tiempo que restos de animales fósiles. Hasta 1888 no fueron objeto de mayor atención. Los animales fósiles con los que se hallaron estos huesos y que parecen haber sido contemporáneos, son Glyptodontes, Clamydororiums, y otros que corresponden a la fauna del pampeano superior. Aunque no ha podido establecerse la edad de estos fósiles de las cavernas brasileñas, no cabe duda de su antigüedad. Probablemente son restos de los primeros habitantes de la América del Sur y por eso dignos de particular estudio.

Los cráneos de Lagoa-Santa, —dice Beuchat— ofrecen caracteres arcaicos bien determinados que han permitido reconocer la raza de Lagoa-Santa en yacimientos muy alejados, hasta en el Ecuador. Tienen pequeña capacidad, con relación a la talla de los individuos. Su forma es puntiaguda: la bóveda craneana muy elevada y estrecha; son mucho más largos que anchos. Todos estos rasgos han hecho que los antropólogos les den el nombre de cráneos *hypsiodolicocéfalos*. El frontal no es huyente; las arcadas supraciliares son bien marcadas, sin ser tan salientes como en los cráneos de la raza fósil europea de Spy. La cara es baja y larga de forma piramidal; la nariz mediana, las órbitas bien abiertas, sin ser demasiado grandes. Todos estos cráneos tienen una osamenta pesada y fuerte, con crestas de inserción agudas y bien marcadas, que indican la existencia de músculos fuertes. La talla

de los individuos de la raza de Lagoa-Santa parece haber sido pequeña; pero toda su musculatura, bastante vigorosa. En una palabra, la raza tenía un tipo marcado, de la cual cierto número de elementos se ha perpetuado entre algunas poblaciones actuales de la América del Sur (Botocudos del Brasil, Patagones y Fueguinos de la República Argentina)". (Pág. 243-44)

Otros descubrimientos que debemos mencionar son: El esqueleto de Pontimelo, que encontró el Dr. Santiago Roth, bajo el carapacho de un *Glyptodón*, en los bordes del río de Arrecifes, pequeño afluente del Río de la Plata. Presenta más o menos los mismos caracteres de los hombres que habitaron las cavernas del Brasil, Se ha discutido mucho respecto de la edad y parece probable que la capa geológica en donde fue encontrado pertenezca al pleistoceno.

El cráneo de Arrecifes, descubierto en 1888 por Mr. Monguillot, creía el Dr. Lehmann-Nitsche que debía tener muy grande antigüedad. Pero el Dr. Rivet lo estudió con detenimiento y probó su analogía con los de la raza de Lagoa-Santa.

El Dr. Rivet excavó en los abrigos bajo rocas situados en Paltacalo, cerca del Río Jubones y extrajo 138 cráneos, la mayor parte en buen estado de conservación, un gran número de huesos humanos, algunos restos de animales y cerámica de un tipo particular. Ahora bien, un número bastante grande de los cráneos encontrados en Paltacalo, presentan con la mayor nitidez las particularidades de la raza de Lagoa-Santa. En cuanto a su antigüedad nada puede afirmarse con precisión. Los animales cuyos huesos se encontraron asociados pertenecen a especies vivas; la presencia de cerámica y el tipo de los otros cráneos indica que la antigüedad no es muy grande, es decir que nunca podrían atribuirse a períodos de la época terciaria.

En resumen, los restos más antiguos hallados en la América del Sur hasta ahora, son los de Lagoa-Santa en Minas Geraes, en el Brasil. Pertenecen estos restos a una raza de aspecto muy antiguo, que tal vez puede remontarse a la época cuaternaria; fue

probablemente contemporánea de los acélidotheridos del pampeano superior; pero no parece mucho más antigua que las primitivas razas que poblaron Europa.

Hace pocas semanas se encontró en las cercanías de Otavalo un cráneo y algunos huesos largos y vértebras, con caracteres de mucha antigüedad. Los huesos aparentemente están fosilizados. Ciertos rasgos antropológicos, como los arcos supraciliares, la forma de las órbitas, las suturas óseas, revelan que es una pieza arcaica este cráneo. Pero nada podrá decirse científicamente respecto de su antigüedad, mientras no se terminen los estudios geológicos emprendidos en la región del hallazgo. Estos importantes restos antropológicos se hallan depositados ahora en los laboratorios de la Escuela Politécnica de Quito.

Vamos ahora a exponer brevemente las diversas teorías respecto del origen del hombre americano.

Los que han sostenido que los restos más antiguos del hombre en nuestro Continente datan de la era terciaria, han querido también probar que era autóctono de América. Pero esta idea nació de los descubrimientos de que hemos hablado anteriormente. Ya en 1767, Bailli d'Engel sostuvo que el hombre americano era anterior al diluvio. Morton, en 1839, sostuvo que "el hombre de América era un producto del suelo americano, sin conexiones con el mundo antiguo, excepto el caso de los esquimales". El más ferviente defensor del autoctonismo del hombre americano fue Agassiz (1854), quien sostenía el poligenismo geográfico de la especie humana, con 7 u 8 centros independientes de "hominación". Esta doctrina se oponía a la de la evolución de Darwin y de Haeckel.

Florentino Ameghino, trató de reconciliar el darwinismo ortodoxo, monogenista, con la idea de Agassiz, de autoctonismo americano, y lanzó la teoría de que la antropogenesis fue un fenómeno

no único para todo el globo, y que se realizó en Patagonia. (Imbelloni, (P. 4)

Pero la mayor parte de los autores que han estudiado este problema del origen del hombre americano, han buscado la solución en inmigraciones de otros Continentes.

Cinco grupos pueden formarse de estas teorías: 1º Origen europeo; 2º, africano; 3º, australiano y polinesio; 4º, asiático y 5º, de continentes desaparecidos.

1º—Desde fines del siglo XVI historiadores, cronistas y geógrafos lanzan diversas hipótesis sobre la manera cómo se pobló el Nuevo Mundo. El Padre Gregorio García, en su libro "Origen de los Indios de el Nuevo Mundo e Indias occidentales", publicado por primera vez en Valencia en 1607, trae ya una copiosa bibliografía respecto de esta materia.

El P. Acosta, en 1590, se pronuncia por el origen europeo, aunque en forma vaga que pudiera también decirse que opina por el origen asiático.

Fernández de Piedrahita, Zamora y Fernández de Oviedo y Valdés creen que hay que buscar el origen de los americanos en Jafet, el mismo descendiente de Noé que pobló la Europa. Oviedo especifica algo más: cree que de los siete hijos de Jafet, el que emigró a las Indias occidentales fue Tubal o un pueblo de su stirpe, hermano de celtas, germanos, escitas, etc.

Tomás Morton (1637) cree que fueron restos del pueblo troiano los que huyendo del Lacio vinieron a establecerse en esta parte del mundo.

Grotius, ya en 1642 había sostenido una inmigración de pueblos escandinavos a Norte América, opinión seguida y hasta cierto punto probada en el siglo XIX. Abner Morse (1861) y el Barón Bretton (1875) sostienen, igualmente, el origen escandinavo y no han faltado autores que atribuyan a nuestros indios origen inglés y escaldún o vasco, basándose en investigaciones filológicas.

2º—Grupo: Origen africano.—Varios cronistas del siglo XVI opinaron que los indios eran descendientes de los cartagineses.

Esta idea fue defendida aun posteriormente por historiadores como Mariana o escritores como Torquemada, Alejo Venegas etc. Hornius (1652) supone que algunas tribus semíticas salieron de la costa atlántica de Africa, guiados por Atlas.

La teoría defendida con mayor entusiasmo y por mayor número de autores que podemos llamar africanistas, ha sido la del origen egipcio de las civilizaciones de México y del Perú. Campbell y Elliot Smith, entre muchos otros tratan de probar el origen egipcio de Mayas y peruanos.

3º—grupo: Origen australiano polinesio.—Como un precursor de esta teoría aparece en el siglo XVII Hugon Grotius (1642) quien consideró que la población de América al sur del Perú provenía de las islas Molucas.

Bancroft (1840) y Brandford (1843) opinaron analogamente que las culturas del Asia meridional y malaya pasaron a México y al Perú, es decir a toda la parte meridional de América, mediante movimientos migratorios a través de la Polinesia.

Pero fue Daniel Wilson (1862) quien contrariando ideas más generalizadas, sostuvo que la población de América se ha realizado desde el Sur hacia el Norte y nó desde las regiones árticas hacia el Sur, y que los primeros habitantes fueron polinesios. Esta doctrina tuvo muchos partidarios durante el siglo XIX, citaré, entre otros a Wickerham (1894) Hamy y Thomas (1896) En nuestro siglo ha sido defendida con mucho entusiasmo por el sabio americanista Dr. Paul Rivet y es aceptada por muchos antropólogos, etnógrafos y filólogos.

4º—Grupo: Lo forman los que sostienen el origen asiático del hombre americano. Durante cuatro siglos, desde primitivos cronistas hasta sabios antropólogos como Hrdlicka han creído en este origen; la doctrina asiática es la que ha tenido más partidarios. Las hipótesis son múltiples y se refieren a diversos pueblos.

Origen hebreo atribuyen el Padre Las Casas, el geógrafo Arias Montanus (1569) el judío portugués Manasseh Ben Israel (1650) el judío español Aaron Levi (1644) Thomas Thorowgood (1650-)

John Eliot (1600). Durante el siglo XVIII, Adais James (1775) y varios otros geógrafos e historiadores. En el siglo XIX Lord Kinsborough George Catlin (1842) Rivero y von Tschudi, Onfroy de Thoron.

Origen cananeo decían Hornius (1652) Juan de Solórzano, Castelnau, Gafarel, Ladislao Netto, Thomas Crawford etc.

Que los indígenas de América proceden de antiguas inmigraciones de mongoles, tártaros y chinos fue sostenido por el Padre Lafitau (1724) Ranking, Varnhagen y Humboldt.

Opinión Análoga había sido defendida en el siglo XVII por Joannes de Laet y en nuestros días por el sabio antropólogo Ales Hrdlicka, quien hizo exploraciones a través de Siberia. Este autor sostiene que las tribus que poblaron América se encuentran hasta hoy en los bordes del Ienisei y se reconocen fácilmente por sus caracteres físicos:

5º—grupo: Procedencia de Continentes desaparecidos o imaginarios. Desde el siglo XVIII han opinado algunos autores que el hombre americano provenía de la Atlántida, el Continente hundido del que habla Platón.

“Ernesto Haeckel había en su tiempo sostenido que la creación del hombre se realizó en otro continente, hoy desaparecido, la “Lemuria” que supone unía el Africa con las Indias, en lo que es hoy el Océano Indico”.

En el Continente Austral o “Antártida” creían que estaba el origen de la población indígena Huxley, Osborn y Francisco Moreno

Clark y Schraff enunciaron en 1912 la hipótesis del “Continente Pacífico” y Reginal Enoch le ha dado forma en su libro “The secret of Pacific”.

Como se ve, casi no ha quedado ángulo de la tierra de donde no se haya pretendido que proviene el hombre americano. Añadiré que dentro de cada uno de los grupos señalados existen teorías verdaderamente fantásticas y que pretenden probar por métodos filológicos, por semejanzas lingüísticas, por reminiscencias de vie-

jos textos etc. pero que sometidas a una severa crítica no pueden resistir en pie. Ejemplo de estas teorías son la del escritor peruano, Pablo Patrón, que sostuvo en Buenos Aires y Montevideo, en 1901 y 1902, que Súmeros y Tiahuanacotas eran un mismo pueblo. Se apoya este autor en semejanzas y equivalencias entre palabras súmeras y quechuas. Con poca ciencia salta a establecer la analogía con palabras asirias y de otras lenguas de la Mesopotamia, lo que prueba únicamente lo resbaladizo que es el terreno filológico y cómo puede conducir a verdaderos abismos de falsa ciencia. Otros autores, como Ramón Mena, de México, han querido ver las relaciones entre la cultura del Anahuac y la de los Caldeos, Babilonios etc. A la inversa, el Profesor argentino Ricci sostiene el origen americano de los hombres que en otro tiempo habitaron a las orillas del Eufrates. De aquí debieron salir, pues, los primeros pobladores de Egipto, Libia, Arabia, Creta, Palestina etc.

Una crítica muy bien hecha de tan fantásticas teorías puede verse en el libro de Imbelloni: *La Esfinge Indiana*. (B. Aires, 1926).

Después de exponer las múltiples y variadas teorías respecto del origen del hombre americano, vamos a emitir nuestra opinión.

Conviene, ante todo, distinguir bien dos cosas diferentes: el origen de la primera población de América y el origen de las primeras culturas aparecidas en el Continente.

Descartadas la teoría del autoctonismo americano o de que la antropogénesis se verificara en esta parte del mundo, primero, por no tener sólidos argumentos que la apoyen; segundo por no haberse probado satisfactoriamente la existencia del hombre en América en épocas anteriores a su aparición en Europa y 3º, por resultar fantásticas las hipótesis de que provienen de América las culturas desarrolladas a orillas del Eufrates, al considerarlas con serena crítica, vamos a analizar brevemente las diversas teorías que ponen el origen del indio americano fuera del Continente.

Probada la antigüedad del hombre en América, aunque no se

la remonte a períodos de la época terciaria, pero sí de la cuaternaria hallamos de la comparación de los restos humanos hasta ahora descubiertos en las capas geológicas más profundas o inferiores, una analogía con el hombre paleolítico de Europa. Uno y otro aparecen más o menos en el período que precedió a la última glaciación. Probablemente este fenómeno geológico influyó en los movimientos migratorios de la humanidad primitiva. Los grupos humanos que primitivamente no debieron ser muy numerosos, acosados por el avance de los hielos en diversas partes del globo y por la necesidad de buscar alimentos, huyendo también de las bestias feroces que se desplazaban, así mismo, por los cambios climáticos de la tierra, debieron expandirse, en esa remotísima época, por diversas partes.

Creemos que la primera capa o la primera oleada humana que llegó a este Continente vino de fuera. ¿De dónde? Por qué camino? Se ha dado excesiva importancia a la cuestión de las rutas posibles. Creemos que antes de estudiar el camino por el cual pudieron llegar los hombres, debemos estudiar las analogías antropológicas para aproximarnos a encontrar la raza a que pertenecieron esos hombres. Ya hemos dicho que creemos que una misma era la raza primitiva en la época paleolítica más arcaica. Después, por las influencias del medio fueron diversificándose los tipos y formándose las características raciales que distinguen a los llamados hombres de Cro-Magnon, de Canstadt, de Furfooz etc.

Las glaciaciones hicieron cambiar mucho la fisonomía diremos así de los Continentes. Es, por tanto, muy aventurado decir que el hombre primitivo de América llegó por tal o cual camino.

Esa primera oleada humana, probablemente poco numerosa, acaso no pudo subsistir, desapareció vencida por los mismos fenómenos climáticos.

Pero mientras la tierra, con el retiro de las últimas glaciaciones iba tomando el aspecto actual en su configuración física, nuevas inmigraciones llegaban al Continente americano.

Probablemente éstas fueron varias y por diversos puntos:

A la parte septentrional del Continente debieron llegar inmigrantes desde las regiones hiperbóreas de Europa a través de Groenlandia y de las mismas regiones circumpolares de Asia, por las Aleutinas y el Estrecho de Bering. Creemos, pues, que hubo una corriente de Este a Oeste y otra de Occidente a Oriente. Esta parece fue más importante, provenía del Asia, de pueblos Mongólicos o mongoloides. En oleadas sucesivas, fue extendiéndose, empujando las más modernas a las más antiguas, de Norte a Sur, principalmente por las costas del Pacífico. ¿Hasta dónde llegaron? Muchos autores han sostenido que fueron empujadas las primeras oleadas hasta la Patagonia; pero ahora esta teoría no tiene muchos partidarios.

Desde la parte meridional de Asia, por la península de Malaca y a través de los archipiélagos de la Oceanía llegaron hasta la Polinesia pueblos de raza blanca, amarilla y negra. Mezclados fueron formando esa raza mixta que aún subsiste en algunas islas del extremo oriental de Oceanía.

Por las afinidades lingüísticas, por la analogía de ciertas costumbres, por las semejanzas somáticas, parece más que probable la inmigración polinésica a la América del Sur. Esta pudo verificarse merced a las corrientes marinas que en la parte más meridional del Gran Océano se dirigen hacia el Este y ayudada la navegación por los vientos dominantes en aquella zona de los mares del Sur.

El Profesor Rivet, como he dicho antes, ha hecho estudios muy serios, tanto lingüísticos como etnográficos y antropológicos y cree indudable el poblamiento de América por los polinesios. Yo creo que una de las olas de inmigración vino probablemente por aquellas islas. ¿En qué lugares de la costa occidental de Sud América se establecieron estos inmigrantes? Mientras no se hagan estudios más completos de la arqueología de las costas chilenas, peruanas y ecuatorianas, es difícil resolver este problema. Muy probablemente oleadas sucesivas, en diversos tiempos, llegaron a diferentes lugares de la costa occidental sudamericana.

Acaso las primeras oleadas, las más antiguas, fueron las que han dejado como rastro de su paso los conchales de la región de Taltal.

En resumen, la población de América es muy probable que se haya verificado por oleadas sucesivas venidas de otros continentes y que penetraron en el nuestro por diferentes partes: De Europa, por la región hiperbórea; de Asia septentrional, por el estrecho de Bering y las Aleutinas; de la China y las islas del Archipiélago Japonés, impulsadas por la corriente marina del Kuro-Sivo y por los vientos llamados *Tifones*, han podido llegar algunos barcos primitivos a las costas de California u otras más meridionales. Bien sabido es que el Kuro-Sivo (Río negro) corre desde las costas californianas hacia el Sur, hasta encontrar la contra corriente ecuatorial, que se extiende entre los 5 y 8 o 10 grados de lat. N.; después se dirige hacia el E., es decir hacia la costa americana. De la Polinesia han podido llegar embarcaciones impulsadas por los vientos variables del S. y por la corriente meridional, que después remonta las costas de Sud América con el nombre de Corriente de Humboldt.

El medio ambiente y la mezcla de estas diversas inmigraciones, fueron modificando los tipos primitivos, hasta constituir la raza americana. A primera vista, el indio tanto del norte como del sur, presenta ciertos caracteres uniformes, que han permitido a algunos autores decir que quien ha visto un indio ha visto todos. Sin embargo, los rasgos somáticos, la diferente forma de cráneos, la diversidad de lenguas y de costumbres están revelándonos que el indio americano no tiene un origen único. Esta es una de las pruebas de que la población de América se debe a corrientes de inmigración venidas de diversas partes del globo y en diversas épocas. Los caracteres comunes, debidos, como hemos dicho, al medio geográfico y a la mezcla, prueban el largo tiempo que había transcurrido desde la llegada de los primeros grupos de inmigrantes. De allí también el carácter autóctono de las culturas.





IMPRESO EN EL ECUADOR. — Quito
Edit. Casa de la Cultura Ecuatoriana.—